

Todavía no acierto á explicarme en la actualidad cómo me atreví á tomar tan temeraria resolución, siendo tan grande el miedo que me inspiraba mi padre; pero lo que hubo en esto de mas sorprendente fue la manera con que me recibieron. En lugar de los arrebatos de cólera que yo esperaba, encontré bondad y dulzura. Mi padre se contentó con sacudir la cabeza de un lado á otro, como si hubiera querido decirme: «No me disgusta la calaverada.» Mi madre me abrazó refunfuñando, pero de todo corazón, y mi Lucila con un trasporte de verdadera alegría.

Montboissier julio de 1817.

PASEO.—APARICION DE COMBOURG.

Desde la última fecha de estas memorias, en la Vallée-aux-Loups (enero de 1814), hasta la de hoy, en Montboissier (julio de 1817), han transcurrido tres años y diez meses. ¿Habeis oído caer el imperio? No; nada ha turbado el reposo de estos lugares. El imperio, sin embargo, se ha hundido en el abismo: sus ruinas inmensas se han desplomado sobre mi vida, como esos restos romanos que interrumpen el curso de un ignorado arroyuelo. Pero los sucesos importan poco para aquellos que no sufren sus consecuencias; algunos años escapados de la mano del Eterno harán justicia de todos estos rumores, condenándolos á un silencio sin fin.

El libro precedente fue escrito bajo la espirante tiranía de Bonaparte y á la luz de los últimos destellos de su gloria: el actual empiezo á escribirlo bajo el reinado de Luis XVIII. He visto á los reyes muy de cerca, y mis ilusiones políticas se han desvanecido como las quimeras mas halagüeñas, cuya narración voy á continuar. Digamos primero lo que me obliga á tomar la pluma. El corazón humano es juguete de todo, y sería difícil prever qué circunstancia frívola causa sus goces ó sus sentimientos. Montaigne lo ha notado: «No es necesario que haya causa conocida, ha dicho este célebre escritor, para agitar nuestra alma; una ilusión, una quimera, la conmueve y subyuga sin motivo alguno.»

Hállome al presente en Montboissier y en los confines de la Beauce y del Perche. El castillo de estos dominios, de la pertenencia de la señora condesa de Montboissier, fue vendido y demolido durante la revolución: únicamente quedan de él dos pabellones, separados por una verja, los cuales constituían en otro tiempo la habitación del conserje. El parque, trazado á la inglesa actualmente, conserva todavía algunos rasgos de su antigua regularidad francesa: sus calles, rectas y perfectamente alineadas, y sus sotos, formando cuadros de olmedillas, le comunican un aspecto grave; hoy se detiene el viajero á contemplarlos con el mismo placer que inspira una ruina.

Ayer tarde estuve paseando en él, enteramente solo: el cielo se parecía á un cielo de otoño, y soplaban por intervalos un viento frío. Detúveme un rato en una abertura que formaba la maleza para mirar al sol que iba escondiéndose entre las nubes por encima de la torre de Alluye, desde la cual, Gabriela, que la había habitado en otro tiempo, presencié el ocaso del mismo sol hace doscientos años. ¿Qué ha sido de Gabriela y de Enrique? Lo que será de mí cuando vean la luz estas memorias.

El gorgojo de un tordo que se hallaba empingorotado en las ramas mas altas de un álamo vino á sacarme de estas reflexiones. Sus mágicos acentos hicieron reaparecer al instante á mis ojos el dominio paternal; olvidé las catástrofes do que acababa de ser testigo, y trasportándome súbitamente á lo pasado, volví á ver los campos donde tantas veces había oído los delicio-

sos cánticos de aquella ave. Cuando los escuchaba en aquella época, estaba triste como hoy lo estoy; pero aquella tristeza procedía de ese vago deseo de felicidad que nos aqueja cuando somos jóvenes é inexpertos, y mi tristeza actual proviene del conocimiento y apreciación de las cosas. El cántico del tordo en los bosques de Combours me hacia pensar en una felicidad que creía conseguir algún día, y el mismo cántico, en el parque de Montboissier, me recordaba los días perdidos en persecución de aquella felicidad inasquible. Ya no me queda nada que aprender: he caminado mas ligero que otros, y he dado la vuelta de la vida. Las horas huyen arrastrándome en pos de sí, y no tengo siquiera la certidumbre de poder acabar estas memorias. He principiado á escribirlas en una porción de lugares distintos. ¿Dónde las acabaré? ¿Cuánto tiempo permaneceré paseándome al lado de los bosques? Aprovechemos, pues, los instantes que nos restan; quiero apresurarme á pintar mi juventud, ahora que toco todavía en ella: el navegante, al dejar una playa querida, escribe su diario al frente de la tierra que abandona y que va á desaparecer pronto de su vista.

COLEGIO DE DINAU.—BROUSSAIS.—VUELVO Á CASA DE MIS PADRES.

Ya he referido mi regreso á Combours, y la acogida que me hicieron mi padre, mi madre, y mi hermana Lucila.

El lector no habrá olvidado probablemente que mis otras tres hermanas se habían casado, y que vivían en las posesiones de sus nuevas familias, en los alrededores de Tongéres. Mi hermano, cuya ambición empezaba á desarrollarse, estaba mas frecuentemente en París que en Rennes; habiendo comprado una plaza de agente fiscal, la volvió á vender para entrar en la carrera militar, y fue destinado al regimiento real de caballería; hicieronlo despues agregado del cuerpo diplomático, y estuvo con el conde de la Lucerne en Londres, en donde se encontró con Andrés Chénier: cuando estallaron nuestras turbulencias, tenía probabilidades de obtener la embajada de Viena; mas tarde solicitó la de Constantinopla; pero halló un rival temible en Mirabeau, á quien prometieron esta embajada en premio de su adhesión al partido de la corte. Mi hermano había salido de Combours pocos días antes de mi llegada al castillo.

Mi padre, apoltronado en él, no salía jamás, ni aun durante la reunion de los Estados. Mi madre iba todos los años por Pascua Florida á pasar seis semanas en Saint-Malo, y esperaba este momento como el de su libertad, porque detestaba á Combours. Un mes antes de emprender el viaje se hablaba de él como de una empresa arriesgada, se hacían preparativos y se dejaban descansar los caballos. La vispera del día de marcha se acostaba todo el mundo á las siete de la noche para levantarse á las dos de la madrugada. Mi madre se ponía en camino á las tres, llena de júbilo, y empleaba todo el día para hacer una jornada de doce leguas.

Lucila, que había sido recibida canonesa en el capitulo de la Argentiére, debía trasladarse al de Remiremont, y esperaba, sepultada en el campo, la concesión de esta gracia.

Por mi parte signifiqué mi voluntad, despues de la escapatoria de Brest, de abrazar el estado eclesiástico; la verdad es que mi único objeto era ganar tiempo, porque ignoraba lo que quería. Enviáronme al colegio de Dinau á concluir las humanidades, y sabía el latin mejor que mis maestros; pero en cambio empecé á estudiar el hebreo. El rector del colegio era el abate de Rouillac, y el abate Duhamel mi profesor.

Dinau, poblada de seculares árboles, y defendida por viejos torreones, está situada en una posición muy pintoresca sobre una colina, al pié de la cual corre el Rauce, que desagua en el mar, y desde donde se dominan una porción de valles cubiertos de arbolado. Las aguas minerales de Dinau no dejan de tener alguna fama. Esta ciudad, llena de recuerdos históricos, y patria de Duclas, mostraba entre sus antigüedades el corazón de Duguesclin: polvo heroico, que, habiendo permanecido oculto durante la revolución, corrió el riesgo de ser molido para hacer pintura: ¿sería su ánimo destinarla á los cuadros de las victorias que alcanzó contra los enemigos de la patria?

Mr. Broussais, mi compatriota, estudió conmigo en Dinau: en la estación del verano conducían al baño á los colegiales todos los jueves, como á los clérigos en el pontificado de Adriano I, ó todos los domingos, como á los prisioneros en tiempo del emperador Honorio. Una vez estuve á punto de ahogarme. Mr. Broussais fue atacado otro día por una porción de sanguijuelas imprevistas que le dieron un mal rato. Dinau se halla situada á igual distancia de Combours y de Plancouet; yo iba alternativamente á ver á mi tío de Bedée á Monchoix, y á Combours á visitar á mi familia. Mr. de Chateaubriand, que creía mas económico el retenerme á su lado, y mi madre, que deseaba que persistiese en mi vocación irreligiosa, si bien tenía escrúpulos de impelerme á ella, no insistieron mas sobre mi residencia en el colegio, y me hallé por lo tanto instalado insensiblemente en el hogar paterno.

Yo me complacería en recordar las costumbres de mis padres, aun cuando no fuese mas que por rendir un tributo á su memoria; pero voy á reproducir este cuadro con tanto mas gusto, cuanto que estoy seguro de que parecerá calco sobre las viñetas de los manuscritos de la edad media: del tiempo presente á las tiempos que voy á describir, hay siglos de distancia.

Montboissier julio de 1817.

Revisado en diciembre de 1846.

VIDA EN COMBOURG.—DISTRIBUCION DEL DIA Y DE LA NOCHE.

A mi regreso de Brest habitaban en el castillo de Combours cuatro individuos de la familia (mi padre, mi madre, mi hermana y yo). Una cocinera, una doncella, dos lacayos y un cochero, componían toda la servidumbre; en un rincón de las caballerizas estaban atadas dos yeguas viejas y un perro de caza. Estos doce seres vivientes desaparecían en una vivienda, en la cual estarían muy anchos cien caballeros con sus damas, sus escuderos, sus lacayos y sus palafrenes, y la trahilla de perros del rey Dagoberto.

Ningun forastero se presentaba en el castillo en el discurso del año, exceptuando algunos nobles, el marqués de Montonet y el conde de Goyon-Beaufort, los cuales pedían hospitalidad cuando iban á París á pleitear en el parlamento. Regularmente solían pasar por Combours en invierno á caballo, con pistolas en el arzon, armados de un cuchillo de monte, y escoltados por un lacayo, que iba á caballo tambien, y el cual llevaba á la grupa una abultada maleta de librea.

Mi padre, cumplimentero y ceremonioso en grado heroico y eminente, salía á recibirlos con la cabeza descubierta hasta la gradería, arrojando la lluvia y el viento. Conduciales á las habitaciones del castillo, y los hidalgos referían entonces sus campañas de Hannover, hablaban de sus asuntos de familia, y hacían la historia de su pleito. Por la noche los acompañaba

mi padre hasta la habitación de la reina Cristina, situada en la torre del Norte, cámara de honor en la cual había un lecho de siete piés de ancho y otros tantos de largo, con cortinas dobles de gasa verde y seda carmesí, y sostenido por cuatro amores dorados. A la mañana siguiente, cuando bajaba yo á la gran sala y miraba por las ventanas el campo inundado, ó cubierto de escarcha, únicamente veía dos ó tres viajeros sobre la calzada solitaria del estanque, los cuales eran nuestros huéspedes, que iban cabalgando hacia Rennes.

Estos forasteros solían no estar muy al corriente de las cosas de la vida; pero nuestra prevision atendía á sus necesidades hasta algunas leguas mas allá del horizonte de nuestros bosques. Desde el momento en que salían del castillo, volvíamos á quedar reducidos al círculo de familia los días de trabajo, y los domingos á la sociedad de algunos plebeyos de la aldea y de los hidalgos de las inmediaciones.

Los días de fiesta, cuando hacia buen tiempo, mi madre, Lucila y yo nos dirigíamos á la parroquia por un camino campestre que atravesaba el pequeño Mallo: cuando llovía íbamos por el detestable camino de Combours; pero nuestro pesado carruaje no iba tirado, como el ligero carricoche del abate Marolles, por cuatro caballos blancos, cogidos á los turcos en Hungría. Mi padre no bajaba á la parroquia mas que una vez al año, por Pascuas; los demás días oía misa en la capilla del castillo. Colocados en el banco señorial, recibíamos el incienso y las preces que se hacían en frente del sepulcro de mármol negro de Renato de Rohan, situado al pié del altar mayor: á esto quedan reducidos los honores del hombre: ¡algunos granos de incienso quemados ante un ataúd!

Las distracciones del domingo terminaban con el día, y no eran metódicas. Durante el invierno se pasaban meses enteros sin que llamase criatura humana á las puertas de nuestra fortaleza. Si la tristeza que reinaba en los matorrales de Combours era grande, todavía era mucho mayor la que reinaba en el castillo: al penetrar bajo aquellas bóvedas se experimentaba la misma sensación que al entrar en la cartuja de Grenoble. Cuando visité esta en 1805, atravesé un desierto, que iba dilatándose á medida que yo avanzaba, el cual creí que terminaría en el monasterio; pero los jardines de la cartuja, que estaban tocando á las paredes del convento, se hallaban mas abandonados aun que los bosques. Finalmente, en el centro del monumento hallé, envuelto entre los pliegues de aquellas soledades, el antiguo osario de los cenobitas, santuario desde el cual extendía su poder el silencio eterno, divinidad de aquel lugar, sobre las montañas y selvas circunvecinas.

El humor insociable y taciturno de mi padre aumentaba la silenciosa calma de Combours. En lugar de reunir su familia y sus criados en torno suyo, los había dispersado, relegándolos á los diversos ángulos del edificio. Tenía su dormitorio en la torrecilla del Este, y su gabinete en la del Oeste. Los muebles de esta habitación consistían en tres sillas de baqueta y una mesa cubierta de títulos y pergaminos. Un árbol genealógico de la familia de los Chateaubriand servía de tapiz al lienzo de la pared donde estaba la chimenea, y en el hueco de una ventana se veían armas de todas clases, desde la pistola hasta la espingarda. La habitación de mi madre, situada encima de la gran sala, entre las dos torrecillas, estaba entarimada y adornada con espejos de Venecia de dobles labores. Mi hermana habitaba un gabinete contiguo al de mi madre. La doncella dormía lejos de sus señoras, en el cuerpo del edificio donde estaban las torres grandes. Yo tenía mi nicho en una especie de celda aislada en lo alto de la torrecilla de la escalera, que facilitaba la comunicación del patio interior con las diversas partes del castillo. Debajo de esta escalera, y en una especie de cue-

vas abovedadas, dormían el ayuda de cámara de mi padre y los cocheros: la cocinera guarnecía la gran torre del Oeste.

Mi padre se levantaba á las cuatro de la mañana, lo mismo en verano que en invierno, y lo primero que hacía era dirigirse al pié de la escalera del patio interior, desde donde llamaba á su ayuda de cámara. A las cinco le servían el café, y despues permanecía trabajando en su gabinete hasta el medio día. Mi hermana y mi madre se desayunaban en sus respectivas habitaciones á las ocho de la mañana. Yo no tenía hora fija para levantarme ni para el desayuno: hacia como que estudiaba en mi cuarto hasta el medio día; pero en realidad no hacía nada la mayor parte del tiempo.

A las once y media se tocaba á comer, y nos sentábamos á la mesa á las doce en punto. La gran sala servía á la vez de comedor y de salón de recibimiento: comíamos y cenábamos en el extremo del Este, y cuando se levantaba la mesa íbamos á colocarnos al extremo opuesto, ante una enorme chimenea. Esta habitación tenía artonados de madera, estaba pintada de blanco mate, y adornada de antiguos retratos de familia, desde el reinado de Francisco I hasta el de Luis XIV; entre estos retratos llamaban la atención los de Condé y Turéna; encima de la chimenea había un cuadro que representaba á Hector, muerto por Aquiles al pié de los muros de Troya.

Despues de comer permanecía la familia reunida hasta las dos, á cuya hora, si era en el verano, se divertía mi padre en pescar, ó salía á dar una vuelta por los jardines, extendiendo sus paseos á la distancia del vuelo de un capon; si era en invierno ó en otoño, se iba de caza, y mi madre se retiraba á la capilla, donde permanecía algunas horas haciendo oración. Esta capilla era un oratorio sombrío, adornado con magníficos cuadros de los mejores pintores, que nadie creería hallar en un castillo feudal situado en el fondo de la Bretaña. Actualmente tengo en mi poder una *Santa familia* del Albano, pintada en cobre, y cuyo cuadro, que fue sacado de la capilla, es la única prenda que me queda de Combourg.

Despues que se marchaba mi padre de caza y se iba mi madre á rezar, Lucila se encerraba en su cuarto, y yo me dirigía á mi celdilla ó salía á correr por el campo.

A las ocho se anunciaba la cena á toque de campana; y si hacia buen tiempo, salíamos despues un rato á sentarnos en la gradería. Mi padre, armado de su escopeta, tiraba á los mochuelos que salían de las almenas al anochecer. Mi madre, Lucila y yo nos entreteníamos en mirar el cielo, los bosques, los últimos rayos del sol y las primeras estrellas. A las diez entrábamos en el castillo y nos íbamos á acostar.

Las noches de otoño y de invierno las pasábamos de muy diferente modo. Concluida la cena, y restituidos los cuatro individuos de la familia á la chimenea, mi madre se dejaba caer suspirando sobre un viejo sillón, y le ponían delante un velador con una bujía. Lucila y yo nos sentábamos junto al fuego; los criados alzaban la mesa, y se retiraban en seguida. Mi padre empezaba entonces á pasearse á lo largo de la sala, y estos paseos duraban hasta la hora de acostarse. Vestía un traje de retina blanca, ó mas bien una especie de capa, que no he visto á nadie mas que á él. Llevaba cubierta su cabeza medio calva con un gorro blanco acabado en punta. El salón, alumbrado por una sola bujía, estaba tan oscuro, que cuando se alejaba paseando de la chimenea, no se le veía; únicamente se oía en las tinieblas el ruido de los pasos: despues venía lentamente hacia la luz, y su pálido semblante iba destacándose poco á poco de la oscuridad como un espectro. Lucila y yo cambiábamos algunas palabras en voz baja cuando se hallaba al otro extremo del salón, y callábamos cuando se acercaba hacia donde nosotros estábamos. Al pasar junto á nosotros, nos

decía: «¿De qué hablabais?» Lucila y yo enmudecíamos de terror, y él continuaba sus paseos. En lo restante de la velada ninguna otra cosa turbaba el silencio del castillo, á excepcion del ruido mesurado de sus pasos, los suspiros de mi madre y el zumbido del viento.

Cuando el reloj del castillo daba las diez, mi padre hacia alto, como si detuviera sus pasos el mismo resorte que levantaba el martillo del reloj; sacaba en seguida el suyo de la faltriguera, le daba cuerda, cogía un enorme candelero de plata, en el cual ardía una gran bujía, entraba un momento en la torrecilla del Oeste, volvía despues con el candelero en la mano, y se dirigía á su dormitorio, que, como hemos dicho, estaba en la torrecilla del Este. Lucila y yo salíamos á su encuentro, y le abrazábamos dándole las buenas noches; inclinaba hacia nosotros su enjuta mejilla, sin responder ni una sola palabra; continuaba su marcha, y se retiraba á la torre, cuyas puertas oíamos cerrar en pos de él.

El talisman perdía entonces sus virtudes; mi madre, mi hermana y yo, transformados en estatuas por la presencia de mi padre, recobrábamos las funciones de la vida. Los primeros efectos de nuestro desencantamiento se manifestaban por un turbion de palabras: si el silencio nos había oprimido, también nos lo pagaba bien caro.

Así que pasaba aquel torrente de palabras, llamaba á la doncella, y conducía á mi hermana y á mi madre á su habitación. Antes de retirarme me hacían mirar debajo de las camas y detrás de las puertas, y registrar las chimeneas, la escalera, los pasadizos y los corredores inmediatos. Todas las tradiciones del castillo, referentes á espectros y ladrones, se les venían á la memoria. Los habitantes de la aldea estaban muy persuadidos de que un cierto conde de Combourg, que tenía una pierna de palo, y que había muerto hacia tres siglos, se aparecía en determinadas épocas, y de que lo habían encontrado en la gran escalera de la torrecilla: su pierna de palo se paseaba sola, y algunas veces con un gato negro.

Montboissier agosto de 1817.

MI TORREON.

Estas consejas se referían al tiempo de acostarse mi madre y mi hermana, las cuales se metían en la cama muertas de miedo; yo me retiraba á lo alto de mi torreón; la cocinera entraba en la torre grande, y los criados bajaban á su subterráneo.

La ventana de mi aposento caía al patio interior; de día la única perspectiva que se ofrecía á mis ojos eran las almenas de la cortina de enfrente, en las cuales vejetaban algunas oropéndolas y crecía un espino silvestre. Algunos vencejos, que durante el estío se metían chillando en los agujeros de las murallas, eran mis únicos compañeros. Por la noche no veía mas que un corto pedazo de cielo y algunas estrellas. Cuando brillaba la luna é iba descendiendo hacia el Occidente, me lo revelaban sus rayos, que penetraban en mi lecho á través de las grietas de la ventana. Los mochuelos que revoloteaban de un lado á otro, pasando y repasando entre la luna y yo, dibujaban en mis cortinas la sombra movable de sus alas. Relegado al sitio mas desierto del edificio, próximo á la abertura de las galerías, no perdía ni el mas imperceptible murmullo de las tinieblas. El zumbido del viento se parecía algunas veces al ruido que producirían los precipitados pasos de una persona, y podía equivocarse otras con lastimeros ayes; de repente, y cuando estaba mas descuidado, crugía con violencia la puerta de mi aposento, y exhalaban los subterráneos profundos gemi-

dos; poco despues iban espirando gradualmente todos estos rumores para volver á empezar de nuevo. A las cuatro de la mañana, la voz del señor del castillo, que llamaba á su ayuda de cámara desde la entrada de las bóvedas seculares, llegaba á mis oídos como la del último fantasma de la noche. Aquella voz reemplazaba en mí la dulce armonía, al sonido de la cual despertaba á su hijo el padre de Montaigne.

La tenacidad del conde de Chateaubriand en obligar á un muchacho á dormir solo en lo alto de una torre podía tener sus inconvenientes; pero esto redundó, por el contrario, en provecho mio. Aquella manera violenta de tratarme me dió el valor de un hombre, sin quitarme esa sensibilidad de imaginación, de la cual se querria privar actualmente á la juventud. En lugar de tratar de convencerme de que no había aparecidos, se me obligó á desafiarlos. Cuando mi padre me decía con una sonrisa irónica: «¿Tendría miedo por ventura el caballero?» hubiera sido capaz de acostarme con un muerto. Cuando mi excelente madre me decía con dulzura: «Hijo mio, nada sucede en el mundo sin permiso de Dios; de consiguiente, siendo buen cristiano, nada teneis que temer de los malos espíritus,» me tranquilizaba mejor que podrían hacerlo todos los argumentos de la filosofía. Mi triunfo fue tan completo, que los vientos de la noche, que azotaban mi torre deshabitada, únicamente servían de juguete á mis caprichos y de alas á mis sueños. Mi imaginación ardiente, que iba saltando de objeto en objeto, sin hallar pasto suficiente en ninguna parte, hubiera devorado el cielo y la tierra. Hé aquí el estado moral que es preciso describir ahora. Replegándome á mi juventud, voy á ensayar si puedo apoderarme de mi pasado, y mostrarme tal cual era entonces; época que quizás eche de menos, á pesar de los tormentos que he sufrido.

TRÁNSITO DEL ESTADO DE NIÑO AL DE HOMBRE.

No bien había regresado de Brest á Combourg, cuando se verificó en mi existencia una revolucion; el niño había desaparecido, y se mostró en su lugar el hombre, con sus goces pasajeros y sus disgustos perdurables.

Al principio, y mientras estaba aguardando á las pasiones, todo se convirtió en pasión en mí. Cuando, despues de una comida silenciosa, durante la cual no me había atrevido á hablar, ni aun á comer siquiera, llegaba á escaparme, mis trasportes eran increíbles; no podía bajar la gradería de escalon en escalon, porque mi impaciencia me impelia á saltarlos todos de un golpe. Veíame, pues, obligado á sentarme en el primero, para dar tiempo á que se calmase mi agitación; pero así que llegaba al Patio Verde y á los bosques, principiaba á correr, saltar, bailotear y á regocijarme, hasta que, agotadas mis fuerzas, caía al suelo jadeando y embriagado de locura y de libertad.

Mi padre solía llevarme á caza con él algunas veces; la afición que llegué á cobrar á este entretenimiento era tan extremada, que rayaba en delirio: todavía se me figuraba estar viendo el sitio en que maté la primera liebre. Muchas veces permanecía en otoño cuatro ó cinco horas metido en agua hasta la cintura por tirar á los ánades que iban á posarse á la orilla de un estanque; en la actualidad no puedo ver aun con sangre fría á un perro que se planta de muestra. Con todo, en mi primera afición á la caza, entraba por algo el deseo de independencia, saltar las zanjas, recorrer los campos, las marismas y los matorrales; y hallarme con una escopeta en un sitio desierto; es decir, con fuerza y soledad, era en mí una segunda naturaleza. Mis excursiones se alargaban tanto algunas veces, que quedaba imposibilitado de volver al castillo, y se

veían precisados los guardas á traerme en una camilla improvisada con ramas de árboles.

El placer de la caza, sin embargo, no me satisfacía completamente: agitábame un vago deseo de felicidad que no alcanzaba á regularizar ni á comprender; mi corazón y mi espíritu acababan de formarse como dos templos vacíos, sin altares y sin víctimas; todavía se ignoraba á qué Dios se adoraría en ellos. Entre tanto seguía creciendo al lado de mi hermana Lucila; nuestra amistad formaba las delicias de nuestra vida.

LUCILA.

Lucila era alta y de una belleza notable, aunque grave al mismo tiempo. Sus largos cabellos negros hacían resaltar la palidez de su semblante: sus miradas, llenas de fuego unas veces y melancólicas otras, se elevaban al cielo ó vagaban en torno suyo. Su continente, su voz, su sonrisa y su fisonomía revelaban su genio sufrido é inclinado á la contemplación.

Lucila y yo éramos enteramente inútiles el uno para el otro. Cuando hablábamos del mundo, nos referíamos al que teníamos delante, el cual se parecía muy poco al mundo verdadero. Ella veía en mí á su protector, y yo la consideraba como una amiga. Frecuentemente se apoderaban de su imaginación pensamientos siniestros que yo no conseguía disipar sino á fuerza de mucho trabajo: á los diez y siete años deploraba la pérdida de los años de su juventud, y quería sepultarse en un claustro. Todo le era indiferente, ó le causaba penas y sentimientos: una expresión, que interpretaba á su modo, ó una quimera, que se forjaba en su imaginación, la atormentaban meses enteros. Muchas veces la he visto, con un brazo echado sobre su cabeza, permanecer horas enteras inmóvil é inanimada en un profundo arrobamiento: cuando se retiraba al fondo de su corazón, no daba ninguna señal exterior de vida, ni se veían las palpitaciones de su seno. Su actitud, su melancolía y su severa belleza le daban el aire de un genio fúnebre. Yo intentaba entonces consolarla, y á los pocos momentos era presa también de una desesperación inexplicable.

Lucila tenía extremada afición á leer á solas al anochecer en un libro devoto: su oratorio predilecto era la encrucijada de dos caminos campestres, en la cual había una cruz de piedra y un álamo, cuya cima se elevaba al cielo como la aguja de un campanario. Mi devota madre, encantada con la conducta de su hija, decía que esta le representaba á una cristiana de la primitiva Iglesia, rezando las estaciones conocidas con el nombre de *Lauras*.

La concentración del alma producía en el espíritu de mi hermana efectos extraordinarios: cuando dormía tenía ensueños proféticos; cuando estaba despierta, parecía que se hallaba abierto ante sus ojos el libro del porvenir. En una meseta de la escalera de la torre había una péndola que marcaba el tiempo en silencio. Lucila iba á sentarse en sus insomnios en uno de los escalones, se colocaba en frente del reloj, y miraba la muestra á la luz de su lámpara que dejaba en el suelo: Cuando las dos agujas, unidas á media noche, daban á la luz, como resultado de su formidable maridaje, la hora de los crímenes y de los desórdenes, Lucila oía ciertos rumores que le revelaban muertes lejanas. Hallándose en París algunos días antes del 10 de agosto con mis otras tres hermanas, que vivían junto al convento del Cármen, fijó la vista en un espejo, y exclamó dando un penetrante grito: «¡Acabo de ver entrar á la muerte!» En los espesos bosques de Caledonia, Lucila hubiera sido una de esas mujeres celestiales de Walter Scott, dotadas de segunda vista: en los matorrales de la península armoricana no era mas que una solitaria de prodigiosa belleza, de genio, y perseguida por la desgracia.

PRIMER SOPLO DE LA MUSA.

La vida que hacíamos en Combours mi hermana y yo aumentaba la exaltación de nuestra alma y de nuestro carácter. Nuestra principal diversión consistía en pasearnos por el lado del Mallo grande, en la primavera sobre un tapiz de velloritas, en otoño sobre un lecho de hojas secas, y en invierno sobre un manto de nieve bordado con la huella de los pájaros, de las ardillas y de los armiños. Jóvenes como las velloritas, tristes como las hojas secas, y puros como la nieve recién caída, los objetos que constituían nuestro recreo armonizaban con nosotros.

En uno de estos paseos fue cuando, oyéndome hablar Lucila con entusiasmo de la soledad, me dijo: «Tú deberías pintar todo esto.» Esta palabra me reveló la musa; encendió mi alma un soplo divino, y empecé á hablar en verso como si hubiese sido mi idioma natural; día y noche los pasaba cantando mis placeres; es decir, cantando mis bosques y mis valles: recuerdo que hice una porción de idilios ó cuadros de la naturaleza (1). He escrito en verso mucho tiempo antes que en prosa. Mr. de Fontanes decía que yo había recibido ambos instrumentos.

¿Ha brillado después en mí aquel talento que me prometía la amistad? ¿Cuántas cosas he esperado en vano! Un esclavo, en el Agamenon de Eschylo, fue colocado de centinela en lo alto del palacio de Argos; sus ojos tratan de descubrir la convenida señal del regreso de las naves; canta para hallar algún solaz en sus vigiliás; pero las horas vuelan, se ocultan los astros, y la antorcha entre tanto no brilla.

Cuando, después de muchos años, apareció su luz tardía sobre las olas, el esclavo se hallaba encorvado ya bajo el peso del tiempo; nada le resta que hacer mas que recoger las desgracias, y el coro le dice: «Que un anciano es una sombra que vaga errante á la claridad del día.» *Onar emerophanton alsinei.*

MANUSCRITO DE LUCILA.

Cuando estaba en los primeros encantos de mi inspiración, invité á Lucila á que me imitara, y pasábamos los días consultándonos mutuamente y comunicándonos lo que habíamos hecho y lo que pensábamos hacer. Emprendíamos juntos algunas obras, y, guiados por nuestro propio instinto, traducíamos los mas bellos y los mas tristes pasajes de Job y de Lucrecio sobre la vida: el *Tædet animam meam vitæ meæ: el Homo natus de muliere: el Tum porro puer; ut sævis projectus ab undis navita et. Los pensamientos de Lucila no eran mas que sentimientos que salían de su alma con dificultad; pero cuando conseguía expresarlos, no había nada mas sublime. Ha dejado unas treinta páginas manuscritas, las cuales no pueden leerse sin sentir una conmoción profunda. La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de estas páginas, ofrecen una mezcla del genio griego y del germánico.*

La aurora.

«Qué dulce claridad acaba de iluminar el Oriente! ¿Es acaso la joven Aurora que entreabre al mundo sus hermosos ojos, cargados aun con la languidez del sueño? ¿Date prisa, encantadora diosa! Deja el tálamo nupcial y vístete el traje de púrpura: reténgalo entre sus nudos un muelle cinturón; que no oprima sus

(1) Véanse mis *Obras completas.*

(Paris, nota de 1857.)

delicados piés calzado de ninguna especie; que no profane adorno alguno sus lindas manos destinadas á entreabrir las puertas del día. Pero ya veo que te vas levantando sobre una colina umbrosa. Tus cabellos de oro caen en húmedos bucles sobre tu sonrosado cuello. Tu boca exhala un aliento puro y perfumado. ¡Tierna deidad! La naturaleza entera sonríe á tu presencia: tú sola viertes lágrimas, y nacen las flores.

A la luna.

«¡Casta diosa! Diosa tan pura, que ni aun las rosas del pudor se mezclan á tus tiernos resplandores; yo me atrevo á tomarte por confidente de mis sentimientos. Yo tampoco tengo, como tú, por qué ruborizarme de mi propio corazón. Pero el recuerdo del juicio injusto y obcecado de los hombres cubre á veces mi frente de nubes, como suele estarlo también la tuya. Los errores y las miserias de este mundo me inspiran mis sueños, lo mismo que á tí. Pero, mas feliz que yo, tú, ciudadana de los cielos, conservas siempre la serenidad: las tempestades y borrascas que se elevan de nuestro globo no alcanzan á tu pacífico disco. Amable diosa, en cuya contemplación se recrea mi tristeza, vierte tu frío reposo sobre mi alma.»

La inocencia.

«Hija del cielo, amable inocencia; si me atrevese á hacer una débil pintura de algunos de tus rasgos, diría que ocupas el lugar de la virtud en la infancia, el de la prudencia en la primavera de la vida, el de la belleza en la vejez, y el de la felicidad en el infortunio; que, extraña á nuestros errores, no viertes mas que lágrimas llenas de pureza, y que tu sonrisa es celestial. ¡Bella inocencia! ¿Temblarías tú, aun cuando te vieses rodeada de peligros, y aun cuando te asentase sus tiros la envidia? ¿Tratarías de sustraerte, modestia inocencia, á los peligros que te amenazan? No; yo te estoy viendo en pié, dormida, y con las cabeza apoyada sobre un altar.»

Mi hermano concedía algunas veces cortos instantes á los ermitaños de Combours, y solía traer consigo un joven, consejero del parlamento de Bretaña, monsieur de Malfilatre, primo del infortunado poeta de este nombre. Yo creo que Lucila concibió, sin saberlo, una pasión secreta hácia este amigo de mi hermano, y que aquella pasión sofocada era el origen de la melancolía de mi hermana. Lucila adolecía ademas de la misma manía que Rousseau, aunque no tenía su orgullo; estaba en la creencia de que todo el mundo se había conjurado contra ella. Vino á París en 1789 en compañía de aquella hermana Julia, cuya pérdida ha deplorado con una ternura que rayaba en lo sublime. Todos cuantos la conocieron la admiraron, desde Mr. de Malesherbes hasta Champfort. Habiéndose lanzado en las luchas revolucionarias en Rennes, estuvo á riesgo de ser encerrada en el castillo de Combours, convertido en calabozo durante el terror. Después de librarse de ser conducida á una prisión, casó con Mr. de Caud, del cual quedó viuda al año de su casamiento. Cuando regresé de mi emigración volví á ver á la amiga de mi infancia: mas adelante diré cómo desapareció, y cuánto plugo á Dios afligirme por esta causa.

La Vallée-aux-Loups noviembre de 1817.

ÚLTIMAS LÍNEAS ESCRITAS EN LA VALLÉE-AUX-LOUPS.—
REVELACION SOBRE EL MISTERIO DE MI VIDA.

Acabo de regresar de Montboissier, y hé aquí las últimas líneas que trazaré en mi ermita; fuerza es

FANTASMA DE AMOR.

abandonarla, llevando grabado en mi corazón el recuerdo de estos hermosos adolescentes que principiaban ya á ocultar y coronar á su padre entre sus espesas filas. Ya no veré mas la magnolia, que prometía su rosa á la tumba de mi Floridiana; el pino de Jerusalem y el cedro del Libano, consagrados á la memoria de Gerónimo; el laurel de Granada, el plátano de la Grecia, ni la encina de la Armórica, al pié de los cuales pinté á Blanca, canté á Cymodocea, é inventé á Velleda. Estos árboles, que han nacido y crecido con mis meditaciones, y que eran las Hamadryades, van á pasar al imperio de otro: ¿los amaré su nuevo dueño como yo los amaba? Tal vez los dejaré perecer; ¿quién sabe si hasta los echará por tierra? Ya no debo conservar nada sobre este suelo. Al dar mi postrer adiós á los bosques de Aulnay; no podrá menos de ocurrirse á mi memoria mi última despedida á los bosques de Combours.

La afición que Lucila me inspiró hácia la poesía vino á producir en mí los mismos efectos que el aceite arrojado al fuego. Mis sentimientos adquirieron un nuevo grado de fuerza; cruzó por mi espíritu un vanidoso deseo de nombradía; creí un instante en mi talento; pero habiendo recobrado pronto una justa desconfianza de mí mismo, principé á dudar de él como he dudado siempre. Empecé á considerar mi trabajo como una mala tentación, y acusaba á Lucila por haber hecho nacer en mí una inclinación desgraciada; cesé de escribir, y me puse á llorar mi gloria venidera como otro pudiera llorar la pérdida de sus pasadas glorias.

Vuelto á mi primera ociosidad, sentí, ahora mucho mas que antes, lo que faltaba á mi juventud; yo era un misterio para mí mismo. No podía ver una mujer sin turbarme, y me ruborizaba si ella me dirigía la palabra. Mi timidez excesiva con todo el mundo era tan grande cuando estaba entre el bello sexo, que hubiera preferido cualquier tormento al hallarme á solas con una mujer; pero inmediatamente que esta se separaba de mi lado, principiaba á llamarla con todas mis fuerzas. Las descripciones de Virgilio, de Tibulo y de Massillon se presentaban clara y distintamente á mi memoria; pero la imagen de mi madre y hermana hacía mas espeso el velo que la naturaleza trataba de descender, cubriéndolo todo con su pureza: la ternura filial y fraternal engañaba mis ideas acerca de otra ternura menos desinteresada. Si me hubieran entregado las esclavas mas hermosas de un serrallo, no hubiera sabido qué pedirles. La casualidad vino á ilustrarme sobre este punto.

Un vecino del dominio de Combours vino al castillo con su mujer, que era muy linda, á pasar algunos días con nosotros. No me acuerdo qué cosa ocurrió repentinamente en la aldea, que todo el mundo se dirigió corriendo á la ventana para enterarse de lo que sucedía. Yo llegué el primero de todos, y sintiendo detrás de mí los pasos de la forastera, me volví hácia ella, deseando cederle el sitio; pero me cerró involuntariamente el paso, y me sentí oprimido entre ella y la ventana. Ignoro lo que pasó entonces en mi interior.

Desde aquel momento entreví que el amor y ser amado de una manera que era para mí desconocida, debía ser la suprema felicidad. Si yo hubiese hecho lo que hacen los demás hombres, bien pronto hubiera conocido los placeres y las penas de la pasión, cuyo germen abrigaba mi pecho; pero todo tomaba en mí un carácter extraordinario. El ardor de mi imaginación, mi timidez y la soledad, fueron causa de que, en lugar de demostrar mis pensamientos, me replegase sobre mí mismo; á falta de un objeto real, evocé con el poder de mis vagos deseos un fantasma, que no me abandonó jamás. No sé si la historia del corazón humano ofrece otro ejemplo de esta naturaleza.

Yo me formé á mi antojo una mujer, de todas cuantas mujeres había visto: tenía el talle, el cabello y la sonrisa de la forastera que me había oprimido contra su seno, y le dí los ojos de una joven de la aldea y la frescura de otra. Los retratos de las grandes señoras del tiempo de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, que adornaban el salón, me proporcionaron algunos otros rasgos, y había ido á hurtar gracias hasta á los cuadros de las vírgenes suspendidas en las iglesias.

Esta encantadora me seguía invisible á todas partes; hablaba con ella como con un ser real, y la variaba á medida de mi capricho. Aproditis sin velo, Diana vestida de azul y rosa, Talía con su máscara risueña, y Hebe con la copa de la juventud, venía á ser frecuentemente una hada que la naturaleza había sometido á mi voluntad. A cada paso estaba retocando mi lienzo y quitaba á mi deidad una de sus gracias para reemplazarla con otra. Algunas veces cambiaba también sus adornos, tomándolos prestados de todos los países, de todos los siglos, de todas las artes y de todas las religiones. Después, cuando había hecho una obra maestra, esparcía de nuevo mis dibujos y mis colores; mi mujer única se transformaba en una multitud de mujeres, en las cuales idolatraba por separado los encantos que había adorado reunidos.

Pygmeon estuvo menos enamorado de su estatua; traíame, sin embargo, bastante inquieto el modo de agradar á la mia. No reconociendo en mí mismo nada de lo que era preciso para ser amado, me prodigaba todo aquello que me hacía falta. Montaba á caballo como Castor y Polux; tocaba la lira como Apolo; Marte manejaba sus armas con menos fuerzas y destreza que yo; hacíame héroe de novela ó de historia, y cuántas ficciones aventuradas no aglomeraba sobre estas ficciones! Las sombras de las hijas de Morven, las sultanas de Bagdad y de Granada, las castellanas de las antiguas viviendas feudales, baños, perfumes, danzas, delicias del Asia; todo me lo apropiaba por medió de una mágica varita.

Hé aquí una joven reina, que viene adornada con diamantes y flores (esta era siempre mi sílfide); que me busca á media noche, al través de los jardines de naranjos, en las galerías de un palacio bañado por las olas del mar, situado en las embalsamadas playas de Nápoles ó de Mesina, bajo un cielo de amor, que el astro de Endymion ilumina con su luz: estatua animada de Praxíteles, avanza por entre sus estatuas inmóviles, los pálidos cuadros y los frescos silenciosamente blanqueados por los rayos de la luna: el leve rumor de sus pasos sobre los mosaicos de los mármoles se mezcla con el murmullo insensible de los campos de la oleada. Vémonos rodeados de amaranto por todas partes. Yo me precipito á los piés de la soberana Enna, y las sedosas ondas de su suelta diadema vienen á acariciar mi frente cuando inclina sobre mi rostro su cabeza de diez y seis años y cuando sus manos se posan sobre mi seno palpitante de respeto y de voluptuosidad.

Cuando al salir de estos ensueños me volvía á encontrar hecho un pobre bretoncillo oscuro, sin gloria, sin belleza, sin talentos; que no atraería las miradas de nadie; que pasaría ignorado, y á quien ninguna mujer amaría jamás, se apoderaba de mí la desesperación, y no osaba levantar los ojos sobre la brillante imagen que yo traía en seguimiento de mis pasos.

DOS AÑOS DE DELIRIO.—OCUPACIONES Y QUIMERAS.

Este delirio duró dos años enteros, durante los cuales llegaron las facultades de mi alma al mas alto grado de exaltacion. Yo habiaba poco, y dejé de hablar; solía estudiar tambien, y arrojé los libros. Mi inclinacion á la soledad se redobló entonces. Tenia todos los sintomas de una pasion violenta; mis ojos se iban hundiendo, y enflaquecia por grados; no dormia; estaba distraido, triste, enardecido y uraño. Mis dias se deslizaban de una manera salvaje, rara, insensata, y llena de delicias sin embargo.



LUIS XVI Y MARÍA ANTONIETA.

En verano, cuando habia tempestad, me subia á lo alto de la gran torre del Oeste. El trueno que retumbaba por encima de los caballetes del castillo; los torrentes de lluvia que caian haciendo un ruido sordo; los techos piramidales de las torres y el relámpago que surcaba la nube y marcaba con una llama eléctrica las veletas de metal, excitaban mi entusiasmo, llamaba al rayo como Ismen sobre las murallas de

Al Norte del castillo habia un arenal inculto, sembrado de piedras drúidicas, en una de las cuales iba á sentarme al ponerse el sol. Las doradas cimas de los bosques, el esplendor de la tierra y la estrella crepuscular que centelleaba al través de las nubes, volvian á traerme mis sueños. Hubiera querido gozar de este espectáculo con el objeto ideal de mis ansias. Seguia con mi pensamiento al astro del día, y le fiaba la conduccion de mi deidad para que la presentase radiante como él al universo y recogiese sus homenajes. El viento de la tarde, que rompía la redecilla tendida por el insecto sobre la punta de las yerbas, y la alondra que se posaba sobre un canto, me devolvian la realidad: entonces dirigia mis pasos hácia el castillo con el corazón oprimido y abatido semblante.

Jerusalen, porque esperaba que me traeria á mi Armida.

Cuando estaba el tiempo sereno, atravesaba el Mallo grande, alrededor del cual habia unas praderas cortadas por setos de sauces. En uno de estos sauces habia hecho un asiento, que venia á ser una especie de nido, y allí, aislado entre el cielo y la tierra, pasaba horas enteras con las silvias: mi ninfa estaba á mi

lado. Tambien asociaba su imagen á la belleza de aquellas noches de primavera, impregnadas de la fresca del rocío, de los suspiros del ruiseñor y del murmullo de las brisas. Otras veces, siguiendo mi camino, desamparado, una onda adornada con sus plantas ribulares, escuchaba los rumores que salen de los sitios no frecuentados; aplicaba el oido á cada árbol; creía oír cantar en los bosques á la claridad de la luna; queria repetir estos placeres, y espiraban las palabras en mis labios. Sin saber cómo, volvía á encontrar á mi diosa en los acentos de la voz, en la vibracion de las cuerdas de un arpa, y en los sonidos melancolicos y armoniosos de una trompa ó de una armónica. Seria demasiado largo el referir los viajes que hacia con mi flor de amor; cómo visitábamos mano á mano las ruinas célebres de Venecia, Roma, Atenas, Jerusalem, Memphis y Cartago; cómo atravesábamos los mares; cómo pediamos la felicidad á las palmeras de Otaiti y á los bosques embalsamados de Amboina y de Tidor; cómo íbamos á despertar á la aurora á la cima del Himalaya; cómo bajábamos los rios santos, cuyas esparcidas ondas circuyen las pagodas con bolas de oro, y cómo dormiamos, por último, en las orillas del Ganges, mientras que el bengali, perchada sobre el mástil de una cama de bambú, cantaba su barcarola indiana.

La tierra y el cielo eran para mí como si no existieran; habiame olvidado especialmente del último; pero si yo no le dirigia mis votos, escuchaba en cambio la voz de mi secreta miseria, porque yo sufría, y los padecimientos equivalen á las plegarias.

MIS DIVERSIONES EN EL OTOÑO.

Cuanto mas triste era la estacion, mas en armonia estaba conmigo: el tiempo de los hielos entorpece las comunicaciones y deja aislados por consiguiente á los habitantes de los campos: entonces suele hallarse uno mas al abrigo de los hombres.

Las escenas del otoño participan de cierto carácter moral; aquellas hojas, que caen como nuestros años; aquellas flores, que se marchitan como nuestras horas; aquellas nubes, que huyen como nuestras ilusiones; aquella luz, que se debilita como nuestra inteligencia; aquel sol, que se entibia como nuestros amores; y aquellos rios, que se congelan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestros destinos.

Yo veia con un placer indecible la vuelta de la estacion de las tempestades, el tránsito de las palomas torcaces y de los cisnes, y la reunion de los grajos en la pradera del estanque para ir á empingorotarse á la entrada de la noche sobre las mas altas encinas del Mallo grande. Cuando se divisaba por la noche un vapor azulado en las enrocijadas de los bosques, y los ayes ó las canciones lastimeras del viento se oian en las dobladas puntas de los árboles, entraba yo en plena posesion de las simpatías de mi naturaleza. Si encontraba algun labrador en el extremo de un barbecho, me detenía para mirar á este hombre, que habia brotado á la sombra de las espigas, entre las cuales debia ser segado, y cuyo sudor ardiente se mezclaba con las heladas lluvias del otoño cuando revolvia la tierra de su tumba con la reja del arado: el surco que iba abriendo era el monumento destinado á sobrevivirle. ¿Qué hacia entre tanto mi elegante demonio? Transportábame por medio de su magia á las orillas del Nilo; mostrábame la pirámide egipcia sumergida en la arena, como el surco armónico estaba oculto algun dia bajo los matorrales: yo me aplaudia el haber colocado los ilusorios cuentos de mi felicidad fuera del círculo de las realidades humanas.

Por la noche me embarcaba en el estanque y con-

ducía yo solo mi batel por entre los juncos y las anchas hojas flotantes de nenúfar. Allí se reunian tambien las golondrinas para irse á invernar á otras regiones: yo no perdía ni el mas imperceptible de sus cánticos; Tavernier cuando era niño escuchaba con menos atencion las relaciones de un viajero. A la caída del sol jugueteaban sobre el agua, perseguian los insectos, se lanzaban reunidas al espacio como para probar sus alas, precipitábanse despues hasta rozarse con la superficie del lago, é iban á posarse en seguida sobre las cañas que apenas encorvaban su peso, y que se impregnaban de sus confusos cánticos.

ENCANTAMIENTO.

Caia la noche: el viento agitaban los campos de juncos y espadañas, entre las cuales dormian en silencio la caravana volátil, las pollas de agua, las cercetas, las arvelas y las gallinetas ciegas; el lago batía sus orillas; las voces imponentes del otoño salian de las marismas y de los bosques; yo amarraba mi batel, y regresaba al castillo. Daban las diez. No bien me habia retirado á mi aposento, cuando, abriendo mi ventana y fijando mis miradas en el cielo, empezaba mi encanto. Remontábame en brazos de mi maga sobre las nubes: envuelto entre sus cabellos y sus velos, iba, á merced de las tempestades, á agitar las cimas de los bosques, á conover las crestas de las montañas, ó á levantar torbellinos en los mares. Ora me balancease en el espacio, ora descendiese del trono de Dios á las puertas del abismo, los mundos estaban entregados al poder de mis amores. En medio del desorden de los elementos casaba con embriaguez el pensamiento del placer con el del peligro. Los soplos del aguilon me traian únicamente los suspiros de la voluptuosidad; el ruido de la lluvia me invitaba á entregarme al sueño sobre el seno de una mujer. Las palabras que á esta dirigia hubieran sido bastantes para devolver á la vejez el fuego de la juventud, y para enardecer el inanimado mármol de las tumbas. Ignorándolo todo y sabiéndolo todo, virgen y amante á la vez. Eva inocente y Eva culpable, la encantadora que me traia vuelto el juicio era una mezcla de misterios y de pasiones; yo la colocaba sobre un altar y le tributaba mi adoracion. El orgullo de ser amado de ella daba á mi amor nuevos quilates. Cuando la veia andar, me precipitaba á sus piés para que me pisoteara ó para besar sus huellas. Urbábame al ver su sonrisa; el eco de su voz me hacia temblar, y me estremecia cuando tocaba lo que ella habia tocado. El hálito que exhalaba su húmeda boca penetraba hasta la médula de mis huesos, y corria por mis venas en lugar de sangre. Una sola de sus miradas me hubiera hecho volar del uno al otro extremo de la tierra; ¿qué desierto no hubiera bastado con ella á mi amor? A su lado se hubiera convertido en palacio para mí el antro de los leones, y hubiesen sido demasiado cortos dos millones de siglos para apagar el fuego que me abrasaba el alma.

Este furor iba acompañado de una idolatría moral: merced á otro giro de mi imaginacion, aquella Phiné que me estrechaba en sus brazos, era tambien para mí la gloria y el honor especialmente: la virtud cuando pone en práctica sus nobles sacrificios, y el genio, cuando produce el mas extraordinario pensamiento, apenas podrian dar una idea de otra especie de felicidad. Mi creacion maravillosa me proporcionaba á la vez todos los halagos de los sentidos y todos los goces del alma. Abrumado y sumergido en cierto modo por estas dobles delicias, no sabia ya cuál era mi verdadera existencia; era hombre, y no